

LA REPÚBLICA

PILARES LOS

DE ROMA

JACK LUDLOW

algaida
INTER

FUE UNA GAMBERRADA, UNO DE ESOS ACTOS DE MALIGNIDAD que Lucio Falero atesoraba; uno que su mejor amigo, Aulo Cornelio, temía a causa de su respeto más fuerte por el poder de los dioses. ¿Cómo podían saber dos chicos de doce años que lo que experimentarían esta noche tendría influencia sobre el resto de sus vidas?

Vestían ambos togas de hombre adulto, adecuadas para poder visitar a la famosa Sibila, el oráculo que vivía en una cueva en las colinas albanas cerca de Roma, un privilegio no permitido a los chicos. El robo de aquellas prendas demostraba que, aun con toda su fuerza y destreza en el juego, era fácil superar a Aulo cuando se precisaba el engaño. En la villa de campo de su padre, al tratar con los esclavos de su familia, su manera de hacer las cosas habría sido entrar de prisa, agarrar lo que quería y huir. Lucio, un invitado, entró con aire de propietario y salió con las prendas dobladas con cuidado en su antebrazo, sin preocuparse en apariencia por la paliza que recibirían ellos y los esclavos si descubrían a los chicos. Las ropas eran sólo parte del disfraz, y en esto Lucio podía vencer de nuevo a su amigo. Aulo tenía la nariz de su raza, prominente y

recta, las mejillas llenas y las hechuras de una frente noble, pero pasaba apuros para mantener su espeso cabello negro en algo que recordase un peinado adulto. De algún modo, Lucio, más pequeño y de rasgos más suaves en todos los sentidos, se las arreglaba para parecer mayor tan sólo por las maneras de superioridad con las que se conducía.

Fue sobrecogedor entrar en aquella cueva pobemente iluminada: un frío penetrante, el susurro de murciélagos que revoloteaban sobre sus cabezas, el goteo del agua como único sonido que rompía el silencio. Bajo una lámpara de aceite mortecina, entregaron unas monedas a una acólita cubierta con un velo, se suponía que como ofrenda al poder de la Sibila, aunque Lucio, con su acostumbrada actitud irreverente, susurró que era más como un soborno. Aulo no podía mirar a su amigo entonces, ni pudo decir nada: su corazón latía tanto que sentía que alguien podría verlo, como el sudor que podía notar más abajo del nacimiento de su pelo. Lucio no sudaba y podía hablar sin siquiera un rastro de temblor en su voz.

Fueron conducidos a una cámara excavada en la roca, iluminada por antorchas titilantes, un lugar que apestaba tanto a heces de murciélagos como a desechos humanos y animales, mezclados con un fuerte olor a incienso. Los detritus de criaturas muertas tapizaban el espacio entre ellos y la Sibila, que, sentada en un alto pedestal de piedra, miraba al frente con lo que parecían ojos ciegos. Ninguno de los jóvenes quiso examinar los huesos blanqueados que había a sus pies para ver de qué fuente provenían, pero la impresión, comunicada con mucha firmeza, les decía que quienes jugaban con los dioses acababan como aquellos, simples esqueletos que yacían a los pies del oráculo. Con una voz más profunda que su tono habitual, Lucio pidió con tranquilidad una predicción del futuro de ambos.

La respuesta fue un siseo de la Sibila, una bruja añosa con más arrugas profundas en la cara que la corteza de un viejo olivo. Con la mirada al frente, ella les pidió sus nombres propios así como los de sus ancestros. Ambos chicos, bien versados en las historias de sus familias respectivas, nombraron a nobles progenitores que no sólo habían ayudado a fundar la República romana, sino que también habían actuado para convertirla en el mayor poder del mundo conocido. Lo que siguió fue un silencio que pareció durar medio reloj de arena, uno que acrecentó la atmósfera de misterio.

—No sois más que críos —resolló al fin la Sibila, mientras se pasaba las uñas largas y desiguales por su cabello gris y enmarañado—. La consulta al oráculo es para hombres, no para niños.

—Hemos hecho una ofrenda —replicó Lucio—. Si la consulta está prohibida a los chicos, ¿por qué no fue rechazada?

—Tú debes de ser el de los Falerio.

—Lo soy —replicó Lucio, con voz casi desafiante.

—Eres muy espabilado para tu edad. El de los Cornelio es pío, tú no lo eres.

—¿Deberíamos temerte a ti? —preguntó Lucio.

Aulo contuvo su aliento y todo su cuerpo tembló. Puede que Lucio no imaginara que aquella sacerdotisa podía matarlos allí mismo, pero él sí lo hacía; los huesos que cubrían el espacio entre ellos le hizo creer que otros habían sufrido semejante destino.

—Deberíais temer lo que puedo deciros, Falerio.

—Sibila, si puedes ver mi futuro, entonces ya está decidido. ¿Qué necesidad tengo entonces de temerlo?

Un dedo se movió para llamar a una figura encorvada e indiscernible que se arrodilló delante de la Sibila mientras sujetaba un papiro enmarcado. Ella, con nada más que la uña

de su índice, realizó una serie de trazos. La luz de las antorchas que había tras ella se proyectaba sobre el fino material, así que los dos chicos vieron, como siluetas, aquellos trazos traducidos en una especie de dibujo, mientras ella mascullaba su profecía.

—Uno deberá someter a un poderoso enemigo, el otro, luchar para salvar el prestigio de Roma, pero ninguno alcanzará su objetivo. Mirad hacia arriba si os atrevéis, pues, aunque lo que teméis no puede volar, ambos os enfrentaréis a ello antes de morir.

Un movimiento de la mano separó el papiro de su endeble soporte, haciendo que se enroscara él mismo como un rollo, que la Sibila tomó y arrojó a los pies de ellos. Lucio se agachó a recogerlo y lo abrió para revelar un dibujo de un pájaro en rojo sangre, burdo, aunque claramente un águila con las alas extendidas en vuelo.

—¿Qué significa esto? —demandó Lucio.

La carcajada sonó alta y sin humor, un cacareo que rebotó en los muros.

—Tú eres listo, Falerio, tú decides.

Puede que Lucio fuera impío, pero lo que a continuación sucedió hizo mella incluso en su estudiada pose. Dejó escapar un grito estrangulado cuando el papiro empezó a humear en su mano y el agujero de una quemadura aparecía en el centro, y se extendió deprisa, como si una némesis de bordes marrones consumiera el documento, pero no antes de que el basto dibujo rojo se marcara a fuego con la misma fuerza en sus mentes. Justo cuando chamuscaba la mano de Lucio y le forzaba a tirar el papiro al suelo, se apagaron todas las antorchas en la cueva y se sumergieron en la oscuridad. Aulo comenzó a aullar encantamientos a Júpiter, el más grande de los dioses, en busca de protección para él y su amigo, que ahora agarraba su brazo con

un doloroso apretón. La luz del farol que apareció detrás de ellos les ofreció una salvación que los dos chicos acogieron con entusiasmo, y salieron tambaleándose de la cueva de la Sibila albana, detrás de una luz que nunca podrían alcanzar.

Aquella noche, a la luz del dormitorio compartido, mantuvieron el farol encendido con poca llama mientras hablaban de la Sibila, la cueva, los olores, las acólitas, pero sobre todo de la profecía. ¿Qué presagiaba aquello? Examinaron y repitieron cada palabra una y otra vez, en busca de un significado. «Uno deberá someter a un poderoso enemigo, el otro, luchar para salvar el prestigio de Roma». ¿Cómo podrían hacer eso y no alcanzar su objetivo?

—¿Cuál es nuestro objetivo? —preguntó Aulo.

—Gloria para nosotros, nuestras familias y la República.

No había fanfarronería en las palabras de Lucio, tan sólo la ambición de cualquier chico romano de buena cuna. «La Sibila debe de estar equivocada», susurró mientras dejaba clavado con sus ojos de color castaño claro a su amigo, como si al hacerlo pudieran convertir una suposición en un hecho.

—¿Puede equivocarse un oráculo? —Aulo anhelaba con desesperación que Lucio, más experimentado en las cosas mundanas que él, dijera que sí, pero su compañero no le hizo ese favor, sino que tan sólo repitió la última parte de la profecía de la Sibila: «Mirad hacia arriba si os atrevéis, pues, aunque lo que teméis no puede volar, ambos os enfrentaréis a ello antes de morir».

—¿Quiere decir eso que moriremos juntos?

—Puede ser —dijo Lucio con tono inseguro.

—Todo lo que pido es una muerte noble.

Lo que para un adulto era una banalidad, para cualquier niño de doce años era una verdad. «No podemos enfrentar otra, Aulo, somos romanos».

Según avanzaba la noche, Lucio retomó su compostura, aquel aire de certeza que, si bien era dudoso, él mantenía con desembarazada afectación. Sugirió que usaran un cuchillo para mezclar su sangre y jurarse amistad eterna, lo que con seguridad actuaría como un talismán para rechazar a los malos espíritus. ¿Acaso no eran los dioses veleidosos, dados a comportarse como los humanos, a tomar partido, incluso a cambiar de opinión? ¡Ni siquiera el destino podía ser inalterable! Con su voz firme y seductora, Lucio Falerio empezó a cuestionar la certeza de la profecía. Como romanos nobles, podían consultar a los sacerdotes de cada templo en Roma, sacrificar aves y animales y hacer que les leyieran los signos de sus entrañas; ¿qué miedo podían tener de un ave que no puede volar? El papiro ardiente no era más que una artimaña. Aulo Cornelio se esforzaba por asumir la creciente incredulidad de su amigo, pero sabía que su propia voz traicionaba su intención fracasada.

La imagen de aquel dibujo de color rojo sangre, aquella águila en vuelo, perduraba detrás de sus párpados, para asustarle cada vez que cerraba los ojos.

Breno podía evocar una imagen de su inminente destino y por mucho que golpeara su cabeza con las paredes lisas de su prisión subterránea, no podía borrar la espantosa visión. Sólo unos días antes había ocupado su sitio en el círculo de enormes piedras rectangulares para hacer lo mismo a otro en un ritual. Más altos que diez hombres, cuando el sol se elevaba en un día claro, aquellos gigantescos bloques de granito proyectaban sombras negras que se prolongaban hasta el borde del mundo. Vestido de blanco, Breno ayudó a formar el círculo de sacerdotes alrededor del altar plano sobre el que yacía recostado un hombre, con sus ojos vidriosos por haber bebido una infusión de hierbas estupefacientes. Reunidos a la luz gris de antes de la

aurora, los sacerdotes esperaron en silencio hasta el primer signo de la salida de aquella bola de fuego de color rojo sangre por el este, el momento en que el dador de vida salía a rastras de entre las almas de los muertos para que lo recibiera sangre brillante. Pero este día, este amanecer, serían su sangre y su agonía. Ninguna droga adormecería sus sentidos ni habría en su cara ninguna sonrisa de éxtasis. El cuchillo cortaría su corazón mientras él, con el cuerpo colocado de forma que pudiera ver lo que ocurría, se mantenía consciente por completo. Ese era el destino de un druida condenado.

Había trabajado duro por aquello que estaba a punto de perder. Ser sacerdote del culto era caminar como un dios en la tierra. Chamanes de la mayor parte del mundo céltico, los druidas poseían mucho poder: podían imponer la paz o empezar una guerra, bendecir una unión o maldecir al hijo recién nacido del caudillo de una tribu. El vulgo temía sus poderes y donaba al templo de su isla tesoros que eran la envidia de su mundo, si bien, como todos los cuerpos creados por el hombre, el sacerdocio estaba plagado de rivalidades personales. Breno era sobrino de Orcan, que había intentado conseguir que avanzase con celeridad, mientras sus rivales querían que la joven alma matase a un enemigo antes de hacerse demasiado poderoso por derecho propio. Moriría por su ambición y la de su tío.

Levantó los brazos con frustración y, con la mera punta de las yemas de sus dedos, empujó la pesada roca que hacía de techo de su celda, que necesitó seis hombres para que la pusieran en su sitio. Su respiración se detuvo mientras la echaba a un lado, con facilidad y en silencio, de forma que las estrellas brillaron en el cielo sobre su cabeza y siluetearon una persona encapuchada. A su alcance apareció una mano que se agitaba nerviosa para indicarle que se agarrara, cosa que hizo y, al mis-

mo tiempo que él saltó, tiró de él hacia fuera. El encapuchado le ayudó a ponerse en pie y apretó algo en su mano.

—Orcan te pide que partas, Breno, porque teme que las palabras no puedan salvarte, pues prevalecerán aquellos que se oponen a él. En tu mano tienes un regalo suyo, tomado de la Arboleda Sagrada. Te protegerá, te ayudará y te dará determinación.

Breno levantó aquello por su cadena. Incluso a la leve luz de las estrellas aquello brilló: un amuleto de oro en forma de águila con las alas extendidas como si volara. Como sacerdote autorizado a entrar en la Arboleda Sagrada, lo había visto antes y sabía que antes había estado al pie del monte Olimpo, en el templo de Apolo en Delfos, hasta que aquel santuario fue saqueado por una gran multitud de celtas. Había pertenecido al hombre en cuyo honor llevaba su nombre, el cabecilla de un ejército que había asolado la tierra de los griegos, y que incluso había pedido un rescate por Roma; era un talismán que llevaba consigo una profecía, una disfrazada de acertijo. Se decía que un día se alzaría un caudillo que tuviera el derecho de llevarla, porque sería aún más grande que el hombre que se lo robó a los griegos. La predicción era que ese hombre acabaría aquello en lo que el gran Breno había fracasado, y que llevaría su espada hasta el templo más recóndito de los dioses de Roma.

Había otra profecía, otra historia enigmática, una que tenía una interpretación menos agradable y de la que se susurraba entre murmullos en la Arboleda Sagrada. Decía que un día Roma se extendería para dominar todas las tierras de los celtas, para someter no solo a las tribus, sino también a sus sacerdotes, y que arderían cuerpos y templos y a ellos los llevarían a la orilla del mar occidental. ¿No podía ser que ambas se cumplieran? ¿Cuál era la verdadera lectura del futuro?

—Tu tío te lo confía con un mensaje. Ahora márchate, ve hasta el mismo límite de nuestro mundo donde estés más allá

del alcance de tus enemigos. Te ha visto en las visiones de sus malos momentos: llevabas esto y estabas en el templo romano de Júpiter. Ha visto que tienes la fe para enfrentarte a Roma y, por lo tanto, el poder para cumplir la profecía.

—¿Cuándo soñó eso?

—Breno, se me confió el mensaje que te he dado y nada más.

Dicho aquello, se marchó, y dejó al prisionero liberado preguntándose qué destino le esperaba, preguntándose también a dónde habrían ido los hombres a los que habían asignando su vigilancia y por el poder de la mente que había causado el movimiento de aquella enorme cubierta de roca, algo que había conseguido con las yemas de sus dedos. Levantó una vez más el águila, que destellaba a la luz de la luna, y miró su forma (cabeza orgullosa, alas extendidas) antes de colgarse la cadena del cuello.

Breno no huyó deprisa; tras haber invocado la bendición del gran dios Dagda y su compañera, la Madre Tierra, Morrigan, se fue caminando. Si fuese a haber una persecución, tenía la esperanza de que los dioses la frustrarían. Antes de que la luna se hubiese renovado tres veces, había dejado la isla norteña y había cruzado la estrecha franja de agua hacia el gran territorio de las tierras célticas, que se extendían para siempre en dirección al sol naciente, y la mayoría acababa en el punto de encuentro con la arrogancia de Roma o la barbarie de las tribus sin dioses del este. Viajó hacia el sur y después más hacia el sur, y abundaban los comentarios a su paso, porque, en un país de gente adusta y morena, el cabello rubio rojizo de su cabeza era tan inusual como su estatura. Como joven viajero por el mundo céltico, no le faltó de nada, ya que cada hogar estaba obligado a tratarlo con hospitalidad, hasta que por fin llegó al punto en el que su mundo chocaba con otro.

Breno permaneció de pie sobre una alta escarpadura, mirando la ordenada llanura agrícola de abajo, una cuadrícula de campos ordenados con cuidado. A lo lejos había una ciudad de murallas blancas y tejados rojos, iluminados por los rayos de la puesta de sol. Detrás de él quedaban miles de tribus celtas, de guerreros que podrían arrasar aquellos asentamientos romanos; lo único que necesitaban era un líder. Se llevó el águila a los labios, como había hecho cada día desde su escapada, e hizo una promesa: que un día regresaría a las tierras del norte no como fugitivo, sino como conquistador a la cabeza de un ejército; y que un día se pondría de pie en aquel círculo de piedras y, con un cuchillo afilado en la mano, arrancaría los corazones de los que habían intentado matarlo.